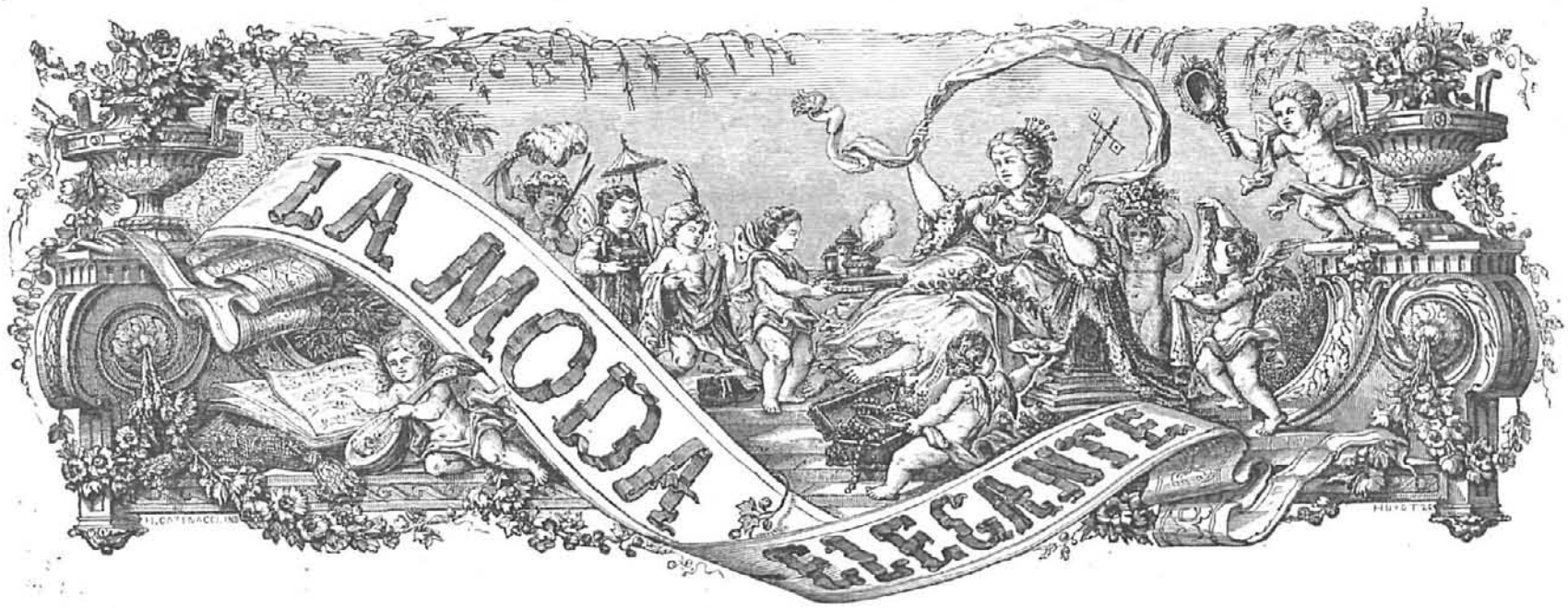


Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 22.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todòs los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Zagalejo de piqué.—Calzon para niña de 8 á 11 años.—Calzon para señora. — Camisa para niño de 10 á 12 años,—Camisa-camisolin para niño de 3 á 5 años. — Flores de lana.—Campanilla sin alambre.—Corpiño de debajo.—Camisa para niño de 6 meses á un año.—De todo un poco.—Los niños.—Cacerías en el Africa ecuatorial. —Gran albornoz de yack.—La enamorada recluta.—Toros en Nime. — Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.—Geroglífico.

Zagalejo de piqué.

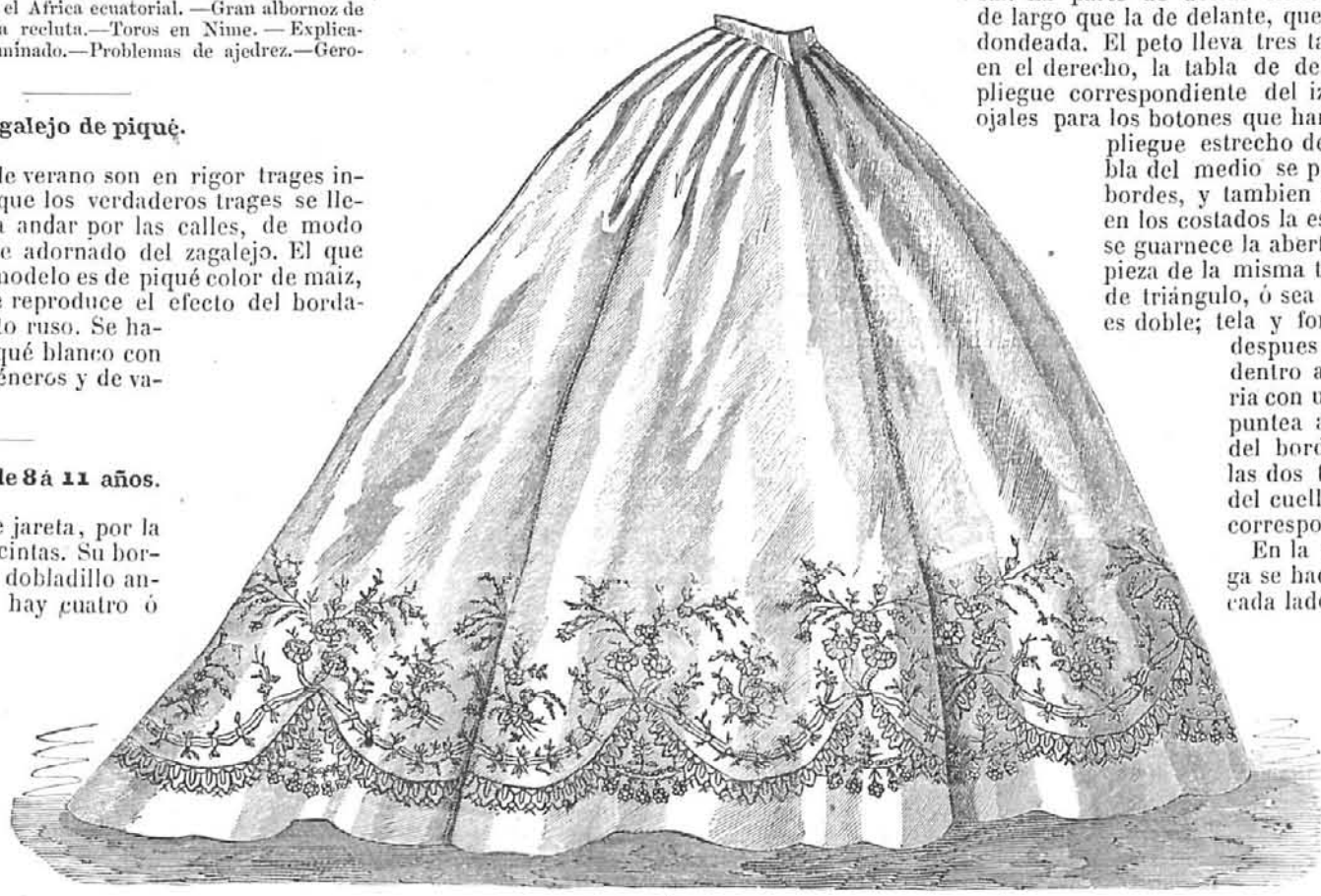
Estos zagalejos de verano son en rigor trages interiores, supuesto que los verdaderos trages se llevan recogidos para andar por las calles, de modo que se vea el borde adornado del zagalejo. El que publicamos como modelo es de piqué color de maiz, con un dibujo que reproduce el efecto del bordado hecho á punto ruso. Se hacen tambien de piqué blanco con dibujos de varios géneros y de varios anchos.

Calzon para niña de 8 á 11 años.

Este calzon es de jareta, por la que se pasan unas cintas. Su borde inferior tiene un dobladillo ancho, y sobre este hay cuatro ó cinco pliegues estrechos. El dobladillo se orla con una tira bordada. El calzon se guarnece por dentro con una tira al sesgo de un centímetro de ancho, la cual puede reemplazarse con una cinta de hilo.— La tira de la cintura, que ha de llevar la jareta, se cose de modo que forme un círculo; por delante se le hace un ojal á cada lado, dejando entre ellos el espacio que se vé en la figura; despues se le hace una costura para formar la jareta desde un ojal á otro; delante de cada ojal se cose una cinta que se hace pasar por la dicha jareta.

Calzon para señora.

Tres dibujos se consagran á este modelo: dos lo representan tal cual es cuando está concluido; el tercero indica el calzon extendido, y reducido á la dieziseisava parte de su tamaño natural, á fin de que se le pueda ejecutar fácilmente sin necesidad de otro patron. Este tercer dibujo muestra que cada uno de los lados se corta de un solo pedazo. En cada lado se hace un dobladillo ancho, se ponen botones al lado izquierdo, y se hacen ojales en el derecho. Los lados opuestos se unen, colocando un triángulo de 9 centímetros, preparado con tela doble. En el medio de detrás del borde superior (véase el dibujo del calzon visto por detrás) se repulga un cuadrado de 4 centímetros, cuya parte de arriba se redondea, y que sirve para reforzar el calzon.— Este se arma en una jareta de 2 centímetros por la que se pasan cintas.



ZAGALEJO DE PIQUÉ.

Camisa para niño de 10 á 12 años.

El cuello, el peto y los puños de la manga son de lienzo fino; la camisa y las mangas son de percal. La parte de detrás tiene 8 centímetros mas de largo que la de delante, que es, como se ve, redondeada. El peto lleva tres tablas por cada lado; en el derecho, la tabla de delante, que cubre el pliegue correspondiente del izquierdo, tiene unos ojales para los botones que han de colocarse en el pliegue estrecho de la izquierda; la tabla del medio se pespuntea por ámbos bordes, y tambien por abajo. Al coser en los costados la espalda y el delantero se guarnece la abertura inferior con una pieza de la misma tela cortada en forma de triángulo, ó sea toquilla.—El cuello es doble; tela y forro se cosen juntos; despues se le vuelve lo de dentro afuera, como se haria con un bolsillo, se le pespuntea á medio centímetro del borde, se le mete entre las dos telas de la abertura del cuello, y se pega en su correspondiente sitio.

En la abertura de la manga se hace un dobladillo por cada lado, se frunce el borde inferior de esta, y despues se une con el puño, que se ha preparado como se hizo para el cuello. La sisa se guarnece por dentro con una tira de tela de 3 centímetros de ancho, que tiene por objeto cubrir la costura de la manga.

Camisa-camisolin para niño de 3 á 5 años.

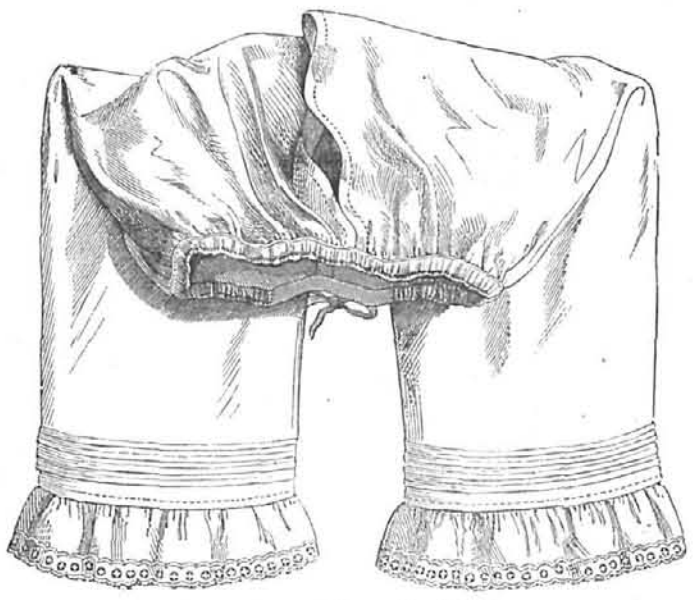
Esta camisa sirve al mismo tiempo de camisolin, tan necesario hoy para los vestidos de niño. Nuestro modelo se hace de percal fino, y se adorna con bordados. La parte de detrás tiene cuatro centímetros y medio mas de largo que la de delante. El peto tiene á cada lado de la abertura un dobladillo ancho, que por el borde va guarnecido con una tira bordada. A este dobladillo siguen por los la-

© Biblioteca Nacional de España

dos cinco pliegues estrechos; en seguida viene un entredos bordado, y luego, para terminar, un pliegue mas ancho.

El cuello se hace de tela doble, se le rodea con una tira bordada semejante á la del delantero del camisolin, esta tira se sostiene ligeramente, y forma una punta en cada esquina.

La manga se dispone como para la camisa de niño de diez á doce años; el puño se prepara como se ha dicho para el cuello.



CALZON PARA NIÑA DE 8 A 11 AÑOS.

FLORES DE LANA.

Campanilla ejecutada sobre alambre.

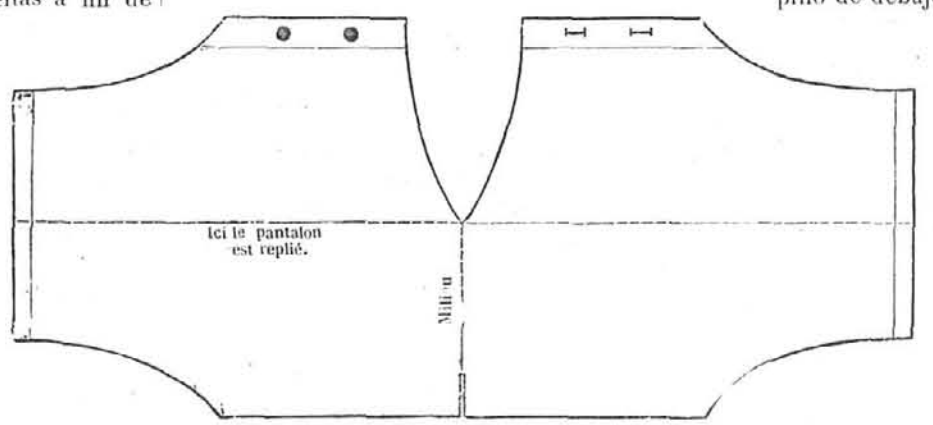
MATERIALES.—Lana céfiro blanca, la misma lana amarilla, alambre cubierto con algodon blanco, etc.

Se cortan 9 pedazos de alambre, cada uno de 9 centímetros de largo, se los dispone á todos de modo que formen asas prolongadas (*véase el dibujo*); se prepara un tallo guarnecido de filamentos amarillos; estos se rodean con las asas de alambre colocadas en círculos, y ligeramente dobladas hácia afuera, lo cual forma el esqueleto, que cubre principiando por abajo, que es la parte mas estrecha. Se ata la lana blanca al tallo, y se la hace pasar alternativamente una vez por *delante* y otra por *detrás* de los alambres; en la vuelta siguiente la lana va *encontrada*, puesto que el número de alambres es impar, y la labor no tiene por tanto revés. La hebra de lana no va estirada nunca, pero se aprietan las vueltas á fin de que cubran bien el esqueleto. Cuando estas vueltas han llegado á una altura de 2 centímetros poco mas ó menos, se toma la lana amarilla, y con esta se concluye la flor, es decir, que despues de la última vuelta se pasa la lana cuatro ó cinco veces por cada asa, envolviendo bien la curva. El tallo se rodea con lana verde.

Campanilla sin alambre.

MATERIALES.—Lana céfiro blanca, amarilla de 3 puntos de color, punzó de 4 puntos de color; algodon blanco torcido ó hilo muy fuerte; un pedazo de carton.

Para ejecutar esta flor se prepara un aparato de carton indicado en nuestro dibujo; se toma un pedazo de aquel de mediano grueso, y sobre él se traza un círculo de 6 centímetros de diámetro, despues se corta el carton á un centímetro de distancia de este círculo, el cual se divide en 16 partes iguales, señalada cada una con un punto, y luego se pasa por cada punto, al través del carton, una hebra de hilo de 30 centímetros de largo, y del grueso indicado en el dibujo. Encima del carton se juntan las 16 hebras, y se echa un nudo que las comprenda á todas, cuidando de que este nudo se encuentre exactamente sobre el centro del círculo; se pasa una hebra de hilo al través del nudo, y los dos extremos de esta hebra atraviesan el carton, se los estira fuertemente y se losse ata, pasa además á través del hilo un nudo muy fuerte, con cuya ayuda se ata el aparato á un *plomo* ó cogin muy pesado, se coge en seguida el otro extremo de las 16 hebras de hilo, se las anuda juntas á 4 centímetros y medio de distancia del carton, cuidando de que todas tenga el mismo largo. Debajo del nudo las hebras quedan sueltas; se las toma con la mano izquierda estirándolas cuanto se pueda, se ensarta una aguja de tapicería con una hebra muy larga de lana blanca que se anuda junto al nudo de las hebras de hilo, y haciendo girar el aparato que la mano izquierda tiene bien tenso, se pasa la aguja por detrás de dos hebras de hilo, despues por cima de una hebra hácia atrás, luego por cima de una hebra hácia adelante, y así sucesivamente, como si se quisiera hacer una costura pespunteada, apretando cuanto se pueda. Despues de haber hecho 4 vueltas con la lana blanca, se toma el amarillo mas claro, se hacen 3 vueltas,—luego 3 con el amarillo de medio color,—3 con el amarillo mas oscuro. Los nudos deben siempre colocarse por fuera, y volvemos á recomendar aquí el que la mano izquierda tenga lo mas tenso posible el aparato. El dibujo que representa el cáliz de la flor indica la forma que ha de tener. Despues del último color amarillo se coloca el punzó mas oscuro, y se hacen 6 vueltas con cada uno de los puntos de este color; se asegura en seguida la hebra, se deshace el nudo que reune las hebras de hilo, se anudan estas dos á dos sobre la campanilla, la cual se vuelve lo de dentro afuera, doblándola para darle una forma ovalada, y en el fondo se ponen algunos filamentos amarillos. Si se quieren hacer campanillas mayores se hace mas grande el aparato de carton y se aumenta el número de las hebras de hilo.



PANTALON PARA SEÑORA REDUCIDO A LA DIEZISEISAVA PARTE.

Corpiño de debajo.

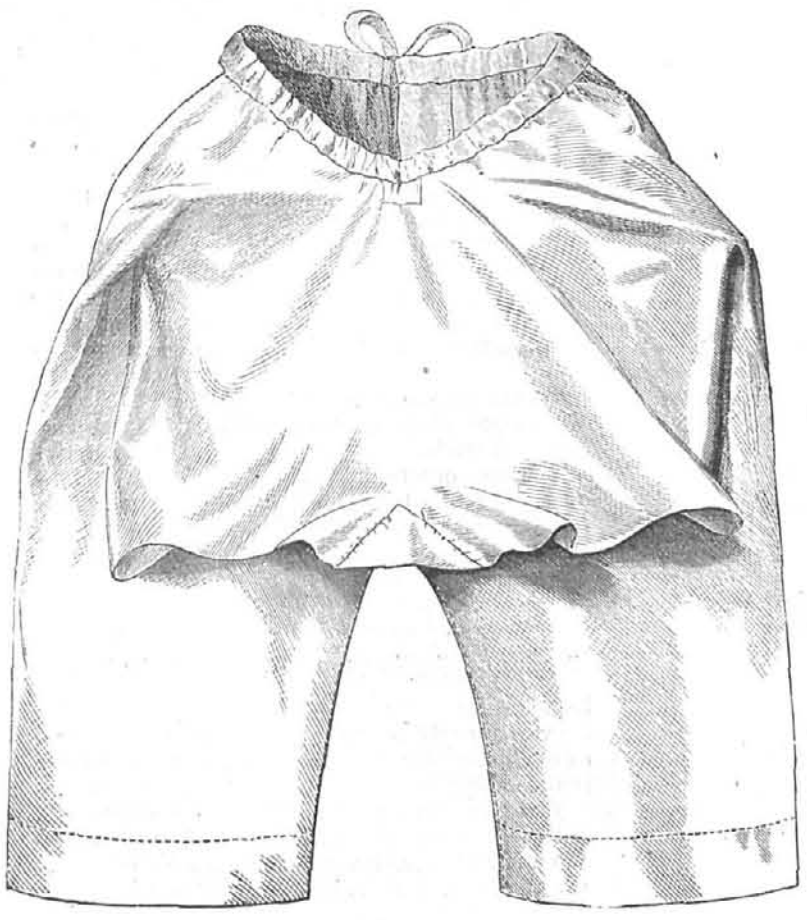
La moda de los vestidos abiertos en forma de corazon, de las chaquetas abiertas sobre un camisolin alto, de las garibaldinas mas ó menos pronunciadas, ha impuesto la necesidad de usar este corpiño de debajo, destinado á cubrir el corsé.

Nuestro modelo es de nansouk fino, los adornos (que son al gusto de cada cual) se componen de medallones bordados por separado, y que se aplican despues, á los cuales sirven como de marco tiras al sesgo, pespunteadas y orilladas por el lado de arriba con un encage de Valenciennes muy ligeramente fruncido, que tenga 1 centímetro de ancho.

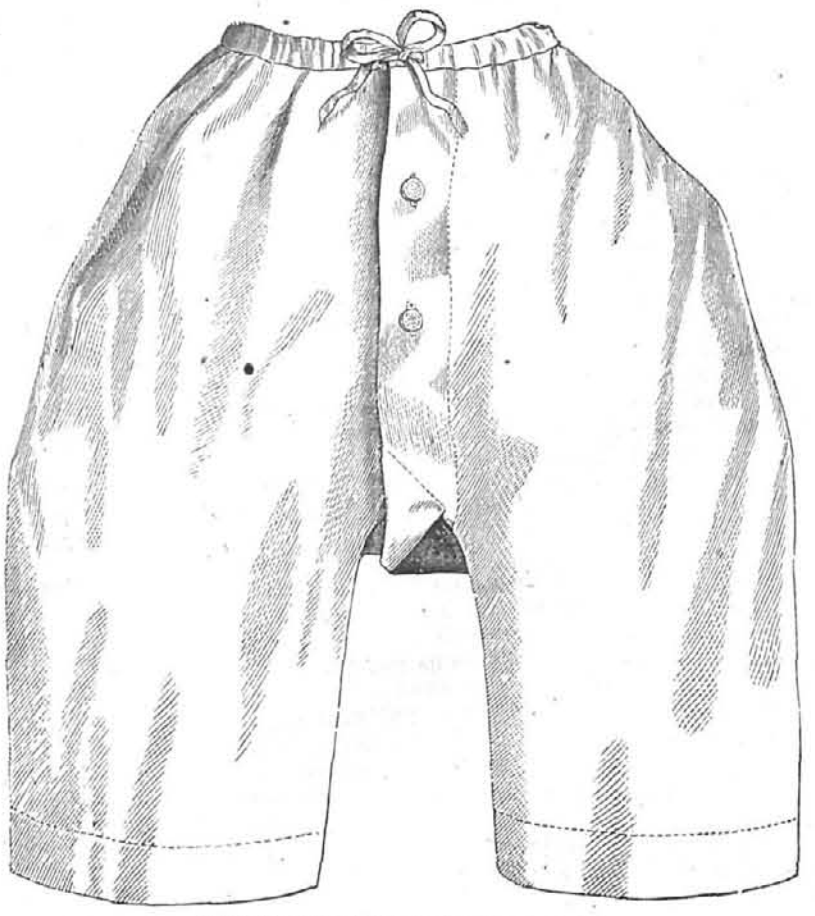
Publicamos por separado el dibujo de la guarnicion de medallones en tamaño natural. El bordado se ejecuta al realce sobre nansouk muy fino ó sobre batista blanca. Se colocan todos los medallones y las tiras pespunteadas, luego, y antes de coser el encage, se recorta la tela por debajo de estos mismos medallones que son de una novedad bastante adaptable.

Camisa para niña de 6 meses á 1 año.

Cortando este modelo mas largo y agrandando la sisa y las mangas, servirá tambien para un niño de año y medio á dos años. En el medio de la parte de delante se pone una tira de 11 centímetros de largo; en el lado derecho de la abertura se coloca



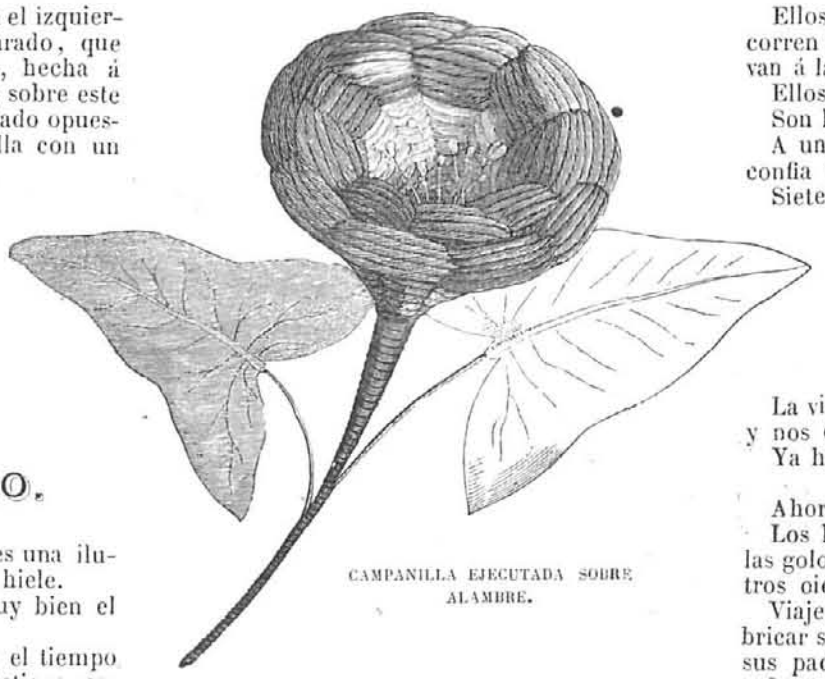
CALZON PARA SEÑORA VISTO POR DETRAS.



CALZON PARA SEÑORA VISTO POR DELANTE.

© Biblioteca Nacional de España

un dobledillo falso de 1 centímetro, y en el izquierdo otro figurando un pliegue medio separado, que se rodea con una costura pespunteada, hecha á medio centímetro de distancia del borde; sobre este falso dobladillo se hace un ojal, y en el lado opuesto se pone un boton. La manga se orilla con un dobladillo pespunteado. Nuestro modelo va adornado en la parte de debajo de la manga, en el cuello y en el pliegue de delante con un rizado de nansouk fino, compuesto de tira de un centímetro y un tercio de ancho: para hacer este rizado se emplea una tira de *un largo doble del espacio que debe* guarnecer. En el cuello se pone un boton y se hace un ojal.



CAMPANILLA EJECUTADA SOBRE ALAMBRE.

DE TODO UN POCO.

Eso de que estamos en la primavera es una ilusion que abrigamos temerosos de que se hiele.

Hoy 30 de Mayo de 1862 puede ser muy bien el 30 de Diciembre de cualquier año.

Parece que en Madrid ha envejecido el tiempo y todo es invierno, ó mas bien que se detiene espantado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos que está encargado de traernos.

Su aspecto es triste, su semblante oscuro, su aliento es frio.

El sol deja escapar de vez en cuando una mirada misteriosa al través de las nubes, como si estuviera espiando al mundo sin querer ser visto.

Está como un observador atento detrás de unas persianas.

El agua que cae tiene tambien su importante significacion en estos momentos.

Es el tiempo que se lava las manos, que se encoge de hombros, que se cruza de brazos, como si quisiera decir á la posteridad: yo nada tengo que ver con las cosas de los hombres.

ASA DE ALAMBRE.

EJECUCION DE LA CAMPANILLA SOBRE ALAMBRE.

Voy á dar á ustedes una idea del tiempo tan clara y tan precisa como una verdad matemática:

Tiempo es un círculo trazado por una línea recta.

Pero dejémos al tiempo, á ese mozo de cordel de los acontecimientos, que falte á las prescripciociones del almanaque, sin respeto á la costumbre, sin miramiento á la tradicion, con infraccion manifiesta de sus antiguos compromisos.

De cualquier modo que venga, tempestuoso ó sereno, frio ó caloroso, *el tiempo* es siempre un recurso para los que esperan y para los que deben.

Seria un absurdo decir que el tiempo puede venir jamás fuera de tiempo.—Hoy es un dia de primavera, hace frio, frio de invierno, esto es innegable: pero ¿se puede llamar estemporáneo al tiempo?

No hay mas remedio que escoger la capa, embozarse y esperar que el tiempo traiga otro tiempo.

—

Elevémonos á mas altas consideraciones.

El papel ha subido un poco.

La Bolsa haciendo un esfuerzo se ha puesto sobre las puntas de los pies, como si quisiera alcanzar el pan que está mucho mas alto.

Sucede con el pan una cosa muy extraña que entrego á la observacion de los economistas: cuanto mas sube, con mas dificultad llega á las boardillas.

Con la Bolsa sucede una cosa enteramente igual aunque á primera visia parece todo lo contrario.

Consiste en que cuanto mas baja, mas se aleja de los pobres.

Pero hay otro fenómeno digno de estudio.

Oigo decir: «el pan está muy alto.»

Paso por una calle de Madrid, por cualquiera, porque en este momento todas están abiertas, y me encuentro seis docenas de hombres sepultados en una zanja de veinte piés de profundidad, cavando sin descanso como si fueran á descubrir un tesoro.

¿Qué hacen esos hombres? pregunto yo.

¿Qué dirán ustedes que hacen?

Están buscando un pedazo de pan.

Otro fenómeno:

Oigo decir: la Bolsa ha bajado.

Cruzo la Puerta del Sol y veo á muchos subir en brillantes carretelas.

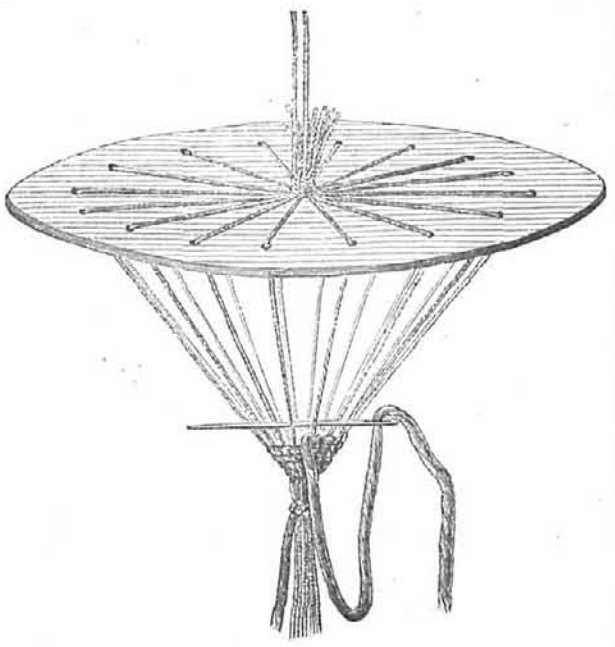
¿Quién hace subir á esos hombres? pregunto yo.

Todo el mundo me contesta: «La Bolsa.»

El pan (egoista) se sube huyendo de la miseria, la Bolsa (generosa) se baja para levantar á los miserables.

He colocado entre paréntesis los adjetivos *egoista* y *generosa* para que no se escapen.

—



EJECUCION DE LA CAMPANILLA SIN ALAMBRE.

Todo lo que sigue hay que leerlo á escape.

Apenas debe haber tiempo para seguir con los ojos el rápido movimiento de las letras.

Se trata de una carrera de caballos.

Se trata del caballo, sin el cual no existirian los caballeros.

Raza heróica que dió un senador al imperio romano.

Nadie les puede negar, que son *gente* de carrera.

CAMPANILLA SIN ALAMBRE.

Ellos se disputan el premio como los griegos, corren como el tiempo, y arrastran el lujo, y lo llevan á la espalda como una cosa despreciable.

Ellos sí que arrastran carrozas.

Son los primeros soldados y los primeros amigos.

A un caballo se le confia la vida, es mas, se le confia una mujer.

Siete millones de votos han hecho á Napoleon emperador: bah! el solo relincho de un caballo hizo rey á Alejandro.

Todo esto pasa ante mis ojos como un torbellino.

Juventud, hermosura, placeres, vosotros debeis ir á caballo porque tambien pasais á escape.

La vida es un caballo que se desboca en la cuna y nos derriba en el sepulcro.

Ya he corrido bastante y me paro aqui.

—

Ahora volemos.

Los horizontes se alejan para abrirnos espacio y las golondrinas pasan como saetas gritando á nuestros oidos: venid.

Viajeras incansables, vienen todos los años á fabricar su nido bajo la misma teja en que anidaron sus padres.

Semejantes al hombre en su incesante inquietud, parece que buscan algo que no encuentran.

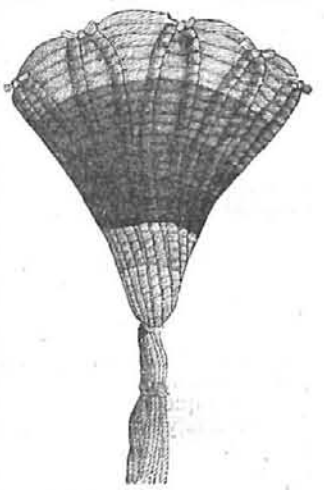
Ah! si una golondrina pudiera escribir sus viajes!

¡Tienen plumas y no escriben! ¡qué lástima! Si al menos supieran hablar, pasaríamos las horas muertas oyendo sus interesantes narraciones. Es la única cosa que me obligaria á ser taquígrafo.

Pero ellas cantan: yo las he oido gritar dando vueltas al rededor mio sin poderlas entender. Quizá vienen todos los años á enseñarnos algo y se van desesperadas al ver que no sabemos comprenderlas.

Ellas sin barcos, sin brújulas, cruzan á millares las soledades tempestuosas del Océano.

¿Quién las ha enseñado á medir las latitudes? ¿En qué mapa misterioso han aprendido á fijar el rumbo de sus viajes? ¿Quién las ha revelado desde un principio lo que el hombre ha necesitado tanto tiempo para averiguar?



CALIZ DE LA CAMPANILLA EJECUTADO SIN ALAMBRE.

Viajeras misteriosas, á fuerza de veros hemos olvidado que no os conocemos.

Para saber yo que la golondrina que anida este año en el techo de mi casa será la misma que anidará el año que viene, necesito atar á su cuello un lazo de cinta que me la dé á conocer: ¿pero qué señal pongo para que ella sepa volver al mismo sitio, al mismo nido en que yo la cogí?

Hijas de la primavera, vosotras humildes y sencillas como Ruht, no abandonais jamás á vuestra madre.—Mientras las flores se mueren de pena al verla desaparecer, vosotras llenas de fé, llenas de valor, tendeis el vuelo y la seguís en su larga peregrinacion sobre la tierra.

A donde ella va, vais vosotras.

¿En qué leyes habeis aprendido á elegir de entre vosotras mismas aquellas mas experimentadas para que dirijan el rumbo de vuestros viajes, que jamás os extravian.

Sin duda esto no lo habeis aprendido de los hombres

Apenas fijais alguna vez las plantas sobre la tierra, porque sabeis que desde ella es muy difícil levantar el vuelo.

A donde quiera que vais, sois recibidas como un presagio feliz. Llevais en pos, como una familia virtuosa, las bendiciones del cielo, la alegría, la luz y las flores.

Vosotras no le disputais al hombre, ni las semillas de la tierra, ni el fruto de los árboles; no podeis servir ni á su fauslo, ni á sus placeres, y quizá por eso sois el único ser á quien no persigue.

¡Qué sabemos de vosotras! ¡y qué sabemos de nada!

¡A qué punto puede dirigirse la sabiduría humana que no la detenga la oscuridad, que no la cierre el paso algun misterio!

Tampoco vosotras conoceis al hombre; si tuviérais de él alguna noticia, no vendríais tan confiadas y tan alegres á colgar vuestros nidos bajo la sombra de su mismo techo.

© Biblioteca Nacional de España

Mi pluma mas débil que las vuestras se cansa y la dejo que se refugie en la oscuridad de su nido.
El nido de mi pluma es el tintero.

LOS NIÑOS.

¡Qué hermoso es siempre un niño!
Yo los veo todas las noches jugar en el Prado formando distintos y variados grupos, y me parecen ramilletes de rosas recien cortadas.

—

Dos cosas serian capaces de entretenerme toda mi vida; ver correr el agua y ver jugar á un niño.

—

Un niño tiene siempre todo el encanto de una esperanza.

—

La música y los niños me producen el mismo efecto, si estoy triste aumentan mi tristeza, si estoy alegre doblan mi alegria.

—

Si hubiera un ser á quien no le gustaran los niños, ese ser de fijo no sabria querer á su propia madre.

—

Lo mas bello de la hermosura de una mujer, son sus hijos.

—

Una casa sin niños, me parece un tiesto sin flores.

—

Me disgusta D. Nicolás de Moratin porque los maltrata; y me encanta Fernan Caballero porque los pinta con singular ternura.

—

La única pena que produce en el alma la presencia de un niño, es el sentimiento de que dejará de serlo.

—

Tan puro es un niño, que solo el egoismo humano se atreve á llorarlos cuando se mueren.

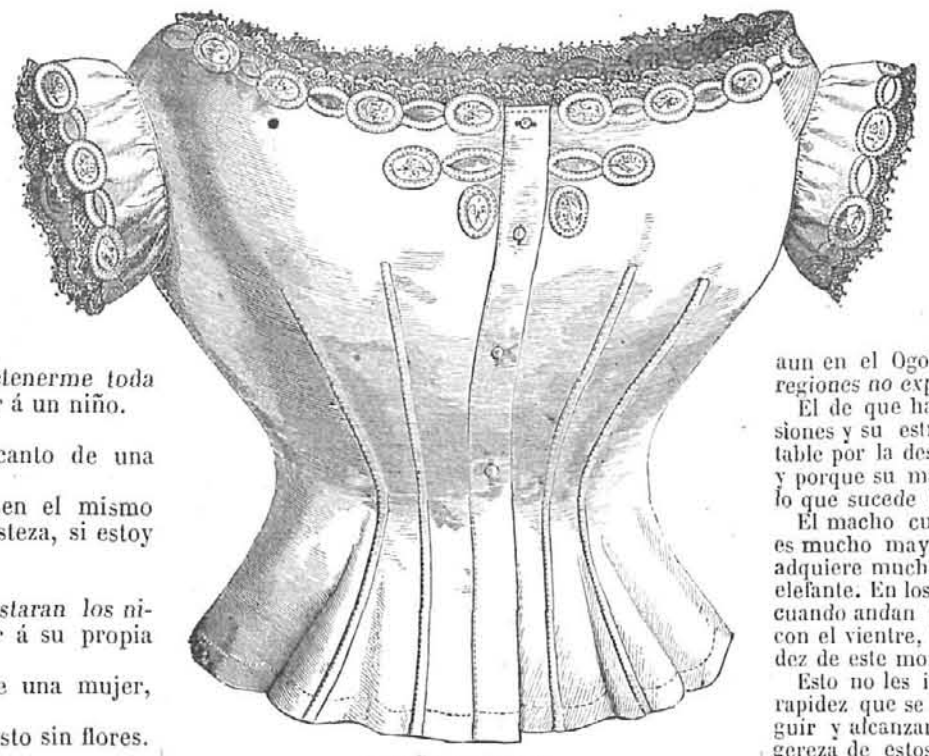
—

Los niños son el lazo que existe entre el cielo y la tierra, y el único acaso que los hombres no pueden romper.

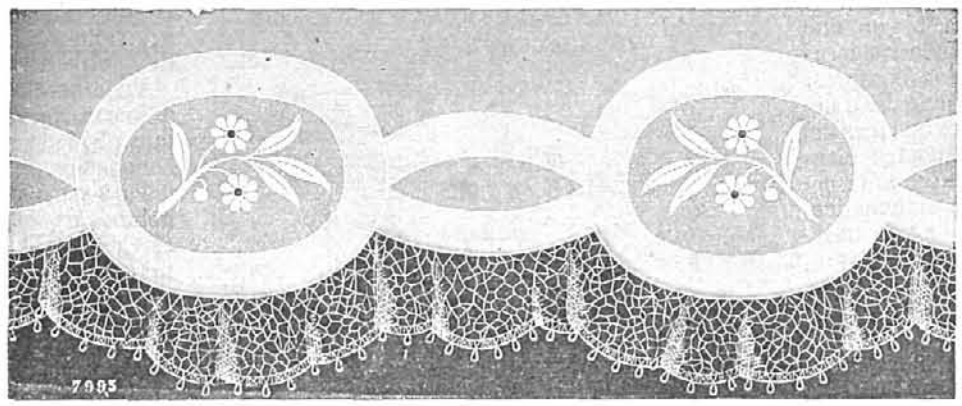
—

¡Ah! ¡Qué desgraciados serán los que no tengan hijos, y qué perversos los que no quieran tenerlos!

José SELGAS.



CORPIÑO DE DEBAJO.



MEDALLONES EN TAMAÑO NATURAL DEL CORPIÑO DE DEBAJO.

CACERIAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

EL HIPOPOTAMO.

I.

Nada mas curioso, en mi sentir, que el estudio de esa multitud de monstruos que pueblan los bosques, las montañas y los rios de Africa, India y otras apartadas regiones.

Por eso, cada vez que tropiezo con algun libro nuevo de viajes y exploraciones en paises desconocidos, mi primer cuidado, despues de leerlo, es cifrar en tomar citas y apuntes que me sirven despues para condensar en uno ó mas artículos, los sucesos principales referidos por el sábio explorador.

De este modo es como he escrito y publicado las *Cacerias en la India* (el elefante y el tigre). *Las cacerias en Rusia* (el oso, el lobo etc), y *Las cacerias en Argelia* (el leon, la hiena, la pantera, el jabalí, la gacela, etc.); de este modo como escribo el presente articulo y como daré á luz los relativos al Gorrilla, al Reno, á la Marta, etc.

Yo sé perfectamente, que estos escritos no van á enriquecer con ningun dato nuevo la ciencia zoológica; pero nadie negará que las descripciones de las fieras, de sus costumbres, de su influencia en las comarcas que habitan, y de los diferentes sistemas que usan los hombres, indígenas y extranjeros, para cazarlas y destruirlas, desprovistas de la pesadez de la parte científica y realzada con el estilo de la narracion pintoresca de la novela, desarrollarán el gusto por el estudio de la Zoología, y generalizarán mucho mas de lo que están hoy los conocimientos de Historia Natural.

El dia en que haya terminado la série de artículos que sobre el particular me he propuesto escribir, podrán aparecer, reunidos en un volúmen, con este título «La Historia natural al acance de todos.»

Bajo este punto de vista, el libro que acaba de publicar en el norte-americano Pablo de Chaillu, refiriendo sus escursiones por el Africa Ecuatorial en los ocho años que en ella ha permanecido, recorriendo una extension de 2700 leguas de terrenos que ningun hombre blanco habia pisado aun, es un hallazgo de no escaso mérito.

Por hoy me reduciré á resumir y dar ordenada forma á las muchas noticias y relaciones que, referentes al hipopótamo, se encuentran diseminadas en el voluminoso libro que ha dado á luz.

El hipopótamo, ese anfibio monstruoso que alcanza á veces, no la altura pero sí la extension del elefante, reside en la mayor parte de los rios de Africa que desaguan en el Océano Atlántico ó en el *Océano Indico, pero no en los que desembocan en el Mediterráneo*, exceptuando el Nilo; y aun para encontrarlos en este, se hace preciso remontar su corriente en una extension de muchas leguas.

Pero adonde mas abunda el hipopótamo es al Sur y en el centro del Africa Ecuatorial.

Pablo de Chaillu, ateniéndose á las *noticias que recojió de los negros de* la Montaña de Cristal, dice, que aun cuando es inmenso el número de estos monstruos en el Fernan-Vaz, y mayor aun en el Ogobay, deben abundar mucho mas en las *regiones no exploradas del Africa Central.*

El de que hablo es un animal grosero por sus dimensiones y su estructura, por lo indolente y pesado, notable por la desproporcionada pequeñez de sus piernas, y porque su mandíbula superior es fija, al contrario de lo que sucede *en el cocodrilo.*

El macho cuando ha adquirido todo su desarrollo, es mucho mayor que la hembra, y segun queda dicho, adquiere muchas veces las dimensiones de longitud del elefante. En los que se hallan en este caso se observa que cuando andan por tierra van *casi barriendo las yerbas* con el vientre, lo cual aumenta aparentemente la pesadez de este monstruo.

Esto no les impide, sin embargo, el correr con tal rapidez que se les ha visto en muchas ocasiones perseguir y alcanzar á un negro á pesar de la agilidad y ligereza de estos.

El hipopótamo, que prefiere para residir, los rios de poco fondo y ninguna corriente, por lo cual abundan en los grandes lagos, aparece aun mas monstruosos cuando se les vé, desde la orilla de un apacible y trasparente rio, ó bien desde una débil piragua, correr velozmente por el fondo, quedando su lomo fuera del agua.

Los piés del hipopótamo son de una configuracion muy extraña, pues están divididos en cuatro grandes groseros dedos, muy separados entre sí, lo cual les permite correr sobre los juncos y las yerbas que nacen en el fondo de las aguas, y nadar en los rios.

La piel del hipopótamo adulto tiene de una y media á dos pulgadas de espesor y es tan dura y muy rugosa, que no la atraviesan las balas de fusil, excepto en algunas partes del cuerpo, donde es mas delgada; como sucede detrás de las orejas y al rededor de los ojos.

Su color es de un amarillo-limon igual, exceptuando el vientre, que es color de rosa. Dicha piel carece de pelo: mas en la cola se notan algunas cerdas, y varios mechones de lo mismo se ven en su gigantesco y repugnante hocico.

Tiene el hipopótamo treinta y seis dientes inclusos los colmillos, de forma curva y puntiaguda, que le sirven para arrancar las yerbas que constituyen su alimento principal.

El marfil de los colmillos del hipopótamo es del mas blanco y hermoso que se conoce, y por eso le buscan con preferencia los dentistas.

Frecuentemente se vé al hipopótamo sumerjirse, arrancar con sus colmillos las yerbas que crecen en el fondo del rio, y llevárselas á la orilla, recojidas en forma de paquetes; para comérselas allí, saboreándolas lentamente.

La carne del hipopótamo tiene casi el mismo sabor que la de vaca, sus fibras, ó hebras son algo mas gruesas y sin grasa: es un manjar sano, delicado y que los indígenas tienen en el mayor aprecio.

La muerte de un hipopótamo representa á los ojos de aquellos un próximo y suculento festin.

CAMISA PARA NIÑO DE 6 MESES A 1 AÑO.

CAMISA-CAMISOLIN PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS.

CAMISA PARA NIÑO DE 10 A 12 AÑOS.

© Biblioteca Nacional de España

El hipopótamo, cuando sale del agua, ya camine, ya permanezca quieto, tiene los ojos casi cerrados, lo cual es útil para los cazadores, pues por esta causa pueden aproximarse á ocho ó diez pasos del monstruo, que es el medio de asegurar el tiro. Sin embargo es preciso tomar grandes precauciones, pues tanto su olfato como su oido son muy sutiles y delicados, y ayudando el viento les advierten de la proximidad del enemigo, ó sea del hombre.

El hipopótamo sale diariamente á hacer una escursion por tierra. Hase observado que buscan un sitio en que la orilla del rio forme una pendiente dulce y prolongada, que constantemente salen del rio y vuelven á él por el mismo sitio, hasta que consumen toda la yerba que encuentran al paso; y como marcha siempre en linea recta, sin cuidarse de los obstáculos de toda clase que suele presentar el terreno; y como la pesadez de su enorme peso y de sus gigantescas pezuñas aplasta el terreno, dándole mayor consistencia, el sitio que elijen para estas correrias, toma el aspecto de un camino carretero, é indica á los indígenas á donde deben acudir á cazar el hipopótamo.

Como entre las diferentes especies de plantas que comen, hay algunas que prefieren á las demás, no es estraño, que engolosinados por el deseo de encontrar dichas plantas se alejen á mucha distancia del rio donde moran, y vayan á buscarlas al pié de las cabañas de los negros, pero siempre de noche, pues el hipopótamo, que no demuestra miedo alguno al hombre interin se halla en el agua, es mas despreocupado siempre que trata de salir á tierra.

Esa desconfianza es tal, que todos los negros han observado que el monstruoso anfibio permanece muchas horas con la cabeza fuera del agua, escuchando todos los ruidos y estudiando cuantos indicios puedan revelar la proximidad del hombre; en cuyo caso se abstienen de salir á tierra.

Esta desconfianza, sin embargo, no debe ser atribuida al miedo, pues ¡ay, del cazador que dispare sin rematar al monstruo!

Encolerizado este con las heridas lánzase como una avalancha, rugiendo ferozmente en persecucion de su agresor, le alcanza, le derriba y le destroza, despues de lo cual regresa tranquilamente al rio ó al lago de donde salió, y si la herida no es grave, pónese á juguetear en el agua con sus compañeros.

Verdad es que jamas volverá á salir del rio por el mismo sitio, y que aun cuando este ofrezca abundantes pastos, los demás hipopótamos de la banda huirán de él por espacio de algunos dias.

Es notable tambien de que jamás acudan á pastar á un mismo sitio mas de tres hipopótamos: si la banda es muy numerosa se divide en diferentes grupos: así es que jamás se les vé en tierra en mayor número de tres.

El hipopótamo cuando se halla en el agua no considera al hombre como á enemigo; y de esto hay mil pruebas. Muchas veces ha zozobrado una piragua al pasar por entre una banda de hipopótamos, al rudo choque de algunos de estos monstruos; la tripulacion ha caido al agua y nadando ha llegado á la orilla: en el interin, el hipopótamo causa del desastre, como es un animal muy irascible, ha hecho pedazos la embarcacion sin cuidarse de los nadadores.

Gran albornoz de yack

(encage de lana blanco) tan flexible como el mas bello encage de hilo, y de una finura igual. Sombrero de paja, guarnecido con un bavolet de tafetan negro, adornado de plumas blancas y azules.

Los negros que poseen fusiles, llevados por su aficion á la excelente carne del hipopótamo, los cazan á balazos: en las comarcas donde aun no ha llevado la civilizacion el fusil, uno de sus genuinos representantes, el hipopótamo vive tranquilo y confiadamente, pues lazos, zanjas y cualquiera otro ardiz, todo ha sido inútil para detener al enorme monstruo.

El hipopótamo pasa todo el dia en el agua, jugando en ella, ora sumerjiéndose, ora subiendo á la superficie, ya persiguiendo á uno de sus hijuelos, ya aparentando huir de ellos. El placer que en esos juegos encuentran, lo espresan por medio de una especie de gruñido muy semejante al del cerdo.

Cuando se vé sorprendido por el hombre, ó cuando le irrita alguna contrariedad, ese gruñido se convierte en una especie de gemido sordo, y ronco, que se oye desde una distancia muy considerable. Cuando está furioso y lucha, sea contra otro animal de su especie (luchas tan espantosas como frecuentes) sea contra el hombre, ni gruñe ni gime. En tales casos despide de su pecho una especie de mugido, prolongado, terrible, que llena de espanto á los mas osados.

En la contemplacion de esos juegos del hipopótamo hay algo profundamente repugnante, que no es posible explicar: lo enorme de su mole, la pesadez de sus movimientos, en todo caso hay algo de cómico y odioso á la vez, que atrae y rechaza de una manera invencible.

El hipopótamo, por lo demás, pasa una gran parte del dia sentado sobre sus enormes patas traseras, inmóvil, y teniendo fuera del agua su asquerosa y deforme cabeza; y como toda la banda hace lo propio, alineándose de orilla á orilla, vistos desde lejos parecen una estacada de viejos troncos de árbol que cortan el paso del rio.

Uno de los espectáculos mas cómicos que ofrece el exámen de una numerosa banda de hipopótamos, es cuando los padres y las madres, tomando parte en los juegos de sus hijos, dejan que estos se coloquen en sus lomos.

Como prefieren rios de poco fondo, los hijos quedan fuera del agua, apoyándose en las espaldas de sus padres: estos corren con increible velocidad por debajo del agua y de este modo parece que sus hijuelos corren, sin sumerjirse por la superficie del rio.

En el articulo siguiente terminamos el estudio del hipopótamo y de sus costumbres, consignando en él la manera de cazarlos y los dramáticos episodios en que suelen abundar esas cacerías si el cazador, por muy conocedor que sea de las costumbres del hipopótamo, y por mucho que cuente con su habilidad, su fuerza, su ligereza, sus armas y una infalible puntería, comete el mas ligero descuido.

En tal caso, como ya lo hemos dicho, sucumbirá irremisiblemente despedazado por el repugnante hocico del iracundo *caballo de rio*, que es el nombre que al hipopótamo dan los negros de Africa, sin sospechar que es el verdadero originario del griego.

II.

La primera vez que el viajero que nos facilita estos detalles penetró en el rio Ogobay, llamóle la atencion el gran número de monstruosos animales que á la claridad de la luna veia flotar por la superficie del agua.

Los negros de la piragua le dijeron que eran hipopótamos, y desde aquel momento formó el propósito de establecerse algun dia en aquellas inmediaciones con el objeto de estudiar las costumbres de aquellos enormes anfibios, y tomar parte en alguna cacería.

Algun tiempo despues, hallándose en las orillas del Fernan-Vaz, en cuyo rio abundan los hipopótamos, decidió realizar su proyecto, y empezó por disponer un paseo en piragua para examinar tan de cerca como le fuera posible al hipopótamo.

Uno de los negros que el acompañaban en casi todas sus escursiones, por ser buen muchacho y estar reputado como el mejor cazador de aquellas comarcas, llamado Igala fué el elegido para dirijir aquella expedicion.

El 20 de Mayo de 1860 salieron de Biaganoen una piragua gobernada por tres robustos negros, y navegaron cinco ó seis millas en direccion á la boca del rio. Era el objeto de Igala llegar á un sitio donde el cauce, al par que se ensancha considerablemente, disminuye mucho la profundidad del agua y pierde casi toda su fuerza la corriente: es decir, un parage tal como los que prefieren los hipopótamos, porque se asemejan mas que otros á la tranquilidad que reina en las aguas estancadas, ó casi estancadas, de los los lagos.

Cuando estuvieron á cierta distancia del lugar elegido por los hipopótamos, cesaron en la piragua todas las conversaciones, y continuaron avanzando lentamente y con la mayor precaucion, para no asustar á los hipopótamos si inopinadamente llegaban á encontrarse en medio de la banda.

El hombre blanco, no acostumbrado á tales escenas, fatígase la vista tratando de descubrir al *caballo de rio* desde la mayor distancia posible, pero sin conseguirlo: no se halla familiarizado con los indicios que anuncian la proximidad de la banda.

De pronto sintió Chaillu que Igala le oprimia un brazo y vió que con la mirada le invitaba á mirar adelante; pero por mas que se fijó, solo pudo ver el tranquilo y

© Biblioteca Nacional de España

unido cristal del rio, cuya plácida superficie estaba cortada de orilla á orilla por una hilera de estacas ó troncos negruzcos, cuyos extremos salian del agua cosa de un metro.

—Dónde? preguntó el viagero.

—Allí! dijo Igala en voz baja extendiendo el brazo que le quedaba libre.

—Mas allá ó mas acá de la empalizada?

—De qué empalizada? preguntó como asombrado el negro.

—De aquella!

Y señaló su hilera de troncos.

Igala dió una carcajada muda: una carcajada probablemente homérica, pero que solo la significaba en la expresion de sus ojos y en la contraccion de su semblante.

—Cada estaca, dijo despues de un breve espacio de tiempo que le fué necesario para recobrar la tranquilidad, es un hipopótamo.

El asombro de Chaillu fué tal como se comprende.

La piragua en tanto seguia avanzando y solo distaba ya de los hipopótamos treinta metros; Igala mandó á los otros negros que no remasen y la piragua quedó inmóvil.

Los hipopótamos no habian notado la presencia de la piragua y continuaban del mismo modo.

Entonces Chaillu, no pudiendo resistir á la curiosidad y á los instintos de cazador, tomó del fondo de la piragua su escopeta de dos cañones, y armándola silenciosamente le apuntó á una de las supuestas estacas.

—Detrás de la oreja, le dijo Igala al oido.

Chaillu comprendió que el indígena le recordaba uno de los puntos vulnerables del hipopótamo y siguió su consejo.

Sonó el tiro y el monstruo elegido por Chaillu, desapareció como por encanto; las aguas se agitaron levemente: los demás hipopótamos, tan grande es su desden ó su pereza continuaron inmóviles.

Pero dos minutos despues volvió á aparecer en la superficie del rio el monstruo herido, no ya con la inmovilidad de una estaca, sino agitándose furiosamente, azotando el agua con su formidable cola, ó elevando su cabeza á impulsos de una convulsion y lanzando una especie de gruñido sordo y prolongado.

El agua enrojecia poco á poco por aquella parte del rio; y las sacudidas, los bramidos, los saltos del hipopótamo que tan pronto aparecia como desaparecia, fueron sacando de su letargo á los demás hipopótamos.

Poco á poco desaparecieron todos?

Chaillu, Igala y los remeros, que no apartaban la vista del monstruo herido, esperando que despues de muerto quedaria inmóvil y flotando sobre el agua, facilitando su captura, no habian reparado en la desaparicion de la banda.

Un incidente tan medroso como cómico vino á sacarlos de aquella distraccion.

De pronto sintieron un violento choque; cual si la piragua, lanzada con toda su rapidez al impulso de vigorosos remeros, hubiera embarrancado en algun banco de arena. Instintivamente miraron al fondo, se vieron rodeados por toda la banda de hipopótamos que nadaban entre dos aguas, y notaron que uno de ellos, que se hallaba en el fondo, se habia disparado á la superficie, debiendo tropezar precisamente con el primer tercio de la piragua.

Así sucedió: un segundo choque, mas violento que el primero, hizo temblar á la débil embarcacion y al hombre blanco que la montaba: al mismo tiempo, la piragua, como despedida del agua, dió un salto y levantándose de proa, cayó volcada de popa.

Chaillu, Igala y sus compañeros, se encontraron en el agua, en medio de aquellos asquerosos, repugnantes y deformes monstruos.

Todo esto habia sido rápido como el pensamiento.

Cuando Chaillu, nadando, volvió á la superficie, halló á su lado al buen Igala, que no le habia abandonado; y que imfundiéndole ánimo con la mirada, la sonrisa y el gesto, le decia:

—Animo! Animo! A la orilla!

Chaillu, nadaba, nadaba maquinalmente, pasando por entre los hipopótamos, rozándose con unos, evitando á otros que con su gigantesca boca abierta le dejaran pasar tranquilamente. y notando que algunos le seguian apaciblemente cual si les complaciese el espectáculo de aquellos hombres.

Cinco minutos despues, Chaillu é Igala pisaban la arena; los otros negros habian enderezado la piragua y se ocupaban en *achicar* el agua que habia tomado.

Chaillu, manifestó su sorpresa á Igala: no comprendia la milagrosa salvacion de todos sus compañeros.

Cuando se hubieron embarcado de nuevo y, terminada la caza por aquel dia, volvieron atrás é Igala manifestó á Chaillu, que el hipopótamo, cuyo encuentro en tierra es peligroso, mortal con mucha frecuencia, nunca acomete al hombre en el agua, que es su elemento.

Y en el pintoresco dialecto del pais, se refirió la anecdota siguiente:

—Hace treinta y seis lunas que Ifonta, el famoso cazador de Aniambia, vino á visitarme con el objeto de asistir á una cacería de hipopótamos, cosa nueva para él. El primero y el segundo dia nos fué la suerte contraria, pero el tercero, habiendo cesado el mal tiempo, pudimos hacer fuego á una pareja de ellos que habian salido á pastar: la hembra quedó muerta en el sitio; pero el macho logró salvarse. Estos animales deben ser muy sensibles al amor; pues el dolor que le causó la pérdida de su compañera le volvió misántropo. Aquella misma noche huyó de la banda de que formaba parte y fué á establecerse en un remanso del rio inmediato á la aldea y por lo tanto mas frecuentado que este sitio por los moradores de ella. Parecia que buscaba la vista de los hombres para que le recordasen constantemente el dolor de su aislamiento.

Aquel monstruo se vengó cruelmente en nosotros del daño que le habia causado Ifonta; pues desde aquel momento no era posible que se alejase de la orilla una piragua, sin que el gigantesco hipopótamo, disparándose desde el fondo á la superficie, la volcase con profundo terror de cuantos hombres y mujeres iban en ella. Y no paraba en esto la malignidad del monstruo; sino que cual si le complaciese el espectáculo de los atribulados náufragos, nadaba al par de ellos, rozándole las piernas con sus tremendos hocicos, hasta que ganaban tierra. Es verdad que jamás hizo el menor daño á nadie, mas parecia que su objeto era impedir la pesca, principal recurso de la aldea, á sus moradores; y que para ello habia recurrido al medio de asustarlos.

Lo cierto es que muchos camaradas, añadió Igala, murieron del susto; y que pasamos muchos dias de hambre por falta de pescado.

Esto era intolerable y por último se decidió libertarnos de tan incómoda vecindad. Organizamos, pues, una caza permanente y la tercera noche tuve la suerte de quitarle la vida, metiéndole una bala por un ojo.

Cuando Igala terminaba su relato llegó la piragua á Biagano y Chaillu se retiró á la cabaña-palacio que le habia sido construida y en la que encontró á una de las doscientas mujeres del rey quitándole unas bananas y una gallina.

S. M. le sirvió la cena y despues de fregar su vagilla se retiró á descansar en el alcázar de palmera de su régio consorte.

El dia siguiente lo invirtieron Chaillu, Igala y Makonday, otro cazador negro, en hacer los preparativos de una cacería nocturna de hipopótamos.

Llegada la noche embarcaronse en una piragua, llevando seis remeros, y bajaron por el curso del rio, pero teniendo cuidado de abordar una milla antes de llegar al espacioso remanso donde se habian establecido los terribles anfibios de que nos ocupamos.

Chaillu, Igala y Makonday, tomaron sus carabinas y se alejaron dando la espalda al rio, pues teniendo los hipopótamos el oido y el olfato extraordinariamente sutiles, era preciso dar un larguísimo rodeo para evitar que la alarma y la desconfianza penetrasen en la banda, en cuyo caso habrian perdido el tiempo.

—Es preciso marchar en silencio, dijo Igala.

—Y con precaucion, añadió Makonday.

—Por qué? preguntó el hombre blanco.

—Para evitar el riesgo?

—Pues qué riesgo corremos? preguntó Chaillu.

Makonday é Igala sonrieron dejando ver sus blanquísimos dientes; y contestaron alternando en el uso de la palabra.

—Podemos tropezar con una serpiente que nos ahogue entre sus anillos.

—Podemos volar por los aires si tropezamos con un jabalí ó con un toro salvaje.

—Podemos ser tragados vivos si nos sorprende un hipopótamo.

—Podemos ser descuartizados por un leopardo ó una pantera.

—Podemos ser llevados al desierto en la trompa de un elefante.

—Puede arrebatarnos un águila para dejarnos caer desde las nubes.

—Basta! dijo Chaillu. Esta será la última vez que salga á cazar de noche.

Felizmente hacia una clarísima noche de luna, lo cual les permitia descubrir el terreno y avanzar con seguridad.

A las doce de la noche llegaron á la especie de camino abierto por las idas y venidas de los hipopótamos que acudian á pastar en aquel sitio, desprovisto ya de toda vejetacion: esta distaba cerca de una milla del rio.

A la derecha del lugar donde se hallaban las primeras yerbas, habia unas malezas y al resguardo de ella fueron á colocarse los cazadores, bien que temerosos de que fuese dicha maleza el manjar que los hipopótamos se reservasen para aquella noche; cosa que no debia estrañarse sabiendo que el voraz anfibio devora diariamente de 200 á 300 kilógramos de yerba.

La luna declinaba lentamente hácia el horizonte, quedando á espaldas de los cazadores; y á medida que se hallaba mas baja eran mas extensas las sombras que los arbustos y las malezas proyectaba en la llanura.

De pronto creyeron oir una especie de gruñido y fijando toda su atencion descubrieron dos sombras gigantescas que avanzaban rápida y silenciosamente.

Chaillu, quedóse inmóvil.

Igala y Makonday reprimieron la respiracion.

En tanto avanzaban las dos monstruosas formas: oianse mas distintamente sus gruñidos y hasta el apagado ruido de sus formidables patas.

Eran dos hipopótamos gigantescos, de las mayores dimensiones que puede alcanzar un elefante.

Cuando pasaron de la zona pelada y blanquisca, penetrando entre las yerbas, se detuvieron; y como solo distaban de los cazadores unos treinta pasos llegaba á estos el ruido que hacian al arrancar y masticar la yerba.

Entre los hipopótamos y el matorral que ocultaba á Chaillu y sus dos negros, habia otro de menores dimensiones; y como el viento soplaba dulcemente de la parte de los hipopótamos, como estos tienen los ojos constantemente casi cerrados, y como la oscuridad de la noche favorecia á los cazadores, pudieron estos, tendidos boca abajo y deslizándose como serpientes, llegar hasta el otro matorral sin que los monstruos notasen la presencia de sus enemigos.

Hallábanse entonces á distancia de unos quince pasos: reinaba ese profundo, solemne, grandioso silencio de las noches africanas, turbado solo de vez en cuando por el lejano grito de alguna fiera que olfatea una presa.

En aquel momento, hombres y monstruos se daban la cara.

Esperaron.

Poco á poco fué girando pesadamente uno de ellos: el macho, hasta volverse enteramente de espaldas á los cazadores.

Igala y Chaillu, se hallaban á un extremo del matorral y Makonday, al otro: aquellos observaban al macho, que era el que les daba la espalda: este á la hembra que seguia de frente.

Igala, durante el dia habia dado instrucciones á Chaillu, sobre lo que debia hacer para aminorar los peligros á que iban á esponerse.

Aquellas instrucciones se reunieron en esta frase que pronunció el negro sentenciosamente, asiéndole con aspecto ambas manos:

—*Mona dee Chaillée* (*Hijo de Chaillu*), *mbuiri* (*espíritu*). tú eres el «hombre blanco de Igala:» Imita á Igala en todo!

Poco despues empezó á moverse nuevamente el macho: y girando pesadamente sobre si mismo se presentó de costado: aquella era la posicion mas favorable para darle muerte, pues dejaba ver un ojo y una oreja: es decir, dos de los puntos vulnerables del hipopótamo y los que todo cazador prefiere, pues en los centros, (el vientre y los muslos) no es mortal la herida.

Igala dió un golpecito en el hombro á Chaillu: este estendiendo el brazo y la escopeta, tocó con la boca del cañon á Makonday.

Era la señal convenida y los tres, silenciosos, semejantes á sombras, y cual impulsados por un mismo resorte, se pusieron de pié, se echaron las carabinas á la cara y apuntaron, permaneciendo algunos minutos inmóviles como estátuas.

Las tres detonaciones formaron una sola y los hipopótamos respondieron á ella con un doble y tremendo rugido que debió oirse á algunas millas de distancia.

Igala, apenas hubo disparado, saltó con sus jarretes de acero por encima del matorral, describió á la carrera un semicírculo hácia la cola del macho y dando la espalda á este, huyó como una exhalacion.

Chaillu, sorprendido, le seguia á algunos pasos de distancia.

A su derecha, como á sesenta ú ochenta pasos, flotaba igualmente la sombra de un hombre: debia ser Makonday.

Al mismo tiempo creia oir Chaillu, una especie de ruido precipitado, semejando al de dos peñascos que chocan constante y velozmente uno contra otro. Luego, efecto del miedo, la rapidez de la fuga, de una alucinacion ó de la realidad, creia sentir que el suelo temblaba y resonaba sordamente bajo sus pasos.

Entonces, ahogándose por efecto de la carrera, pero gracias á un supremo esfuerzo, logró articular esta pregunta.

—Qué es eso, Igala?

Casi al mismo tiempo desgarró el profundo silencio de la noche un grito terrible, de angustia y de dolor: un grito humano de agonía.

El eco del bosque lo repitió y luego cesó todo ruido.

Chaillu, sintió helársele la sangre en las venas y flaquearle las piernas. Detúvose.

Igala, que dejó de oir el ruido de sus pasos se detuvo igualmente.

—Qué es eso, Igala? repitió Chaillu, jadeante.

—Muerto!... dijo Igala lúgubremente.

. . . . . .

Expliquémonos.

El hipopótamo al sentirse herido, sino lo está mortalmente se precipita sobre su agresor, lo alcanza en la carrera y lo devora.

Los cazadores expertos le atacan por detrás, pues saben que el monstruoso y pesado anfibio tarda mucho tiempo en volverse, y dan al cazador mas del que necesitan para ganar una delantera que les pone al abrigo del monstruo.

Chaillu é Igala habian atacado al macho casi de espaldas: Makonday atacó á la hembra de frente y como no quedó muerta en el acto, se precipitó sobre su agresor, lo alcanzó y devoró.

De aquí el origen de aquel grito terrible.

El dia siguiente bajó Chaillu á recoger su presa. El macho, herido en la cabeza, no se habia movido: tenia cinco varas y media desde el hocico al nacimiento de la cola y pesaba 2400 kilógramos aproximadamente.

Su boca era enorme, pues le llegaba casi á los hombros; tenia las orejas cortas, puntiagudas y tiesas y los colmillos blanquísimos, largos, duros y muy agudos.

Del desgraciado Makonday solo quedaba una mancha de sangre en la tierra, ó la sensacion de frio ó espanto que su alarido de agonía causara en el corazon de Chaillu.

Este no volvió jamás á la caza de hipopótamos.

Madrid 1863.

Felipe Carrasco de Molina.

© Biblioteca Nacional de España

LA ENAMORADA RECLUTA,

EXTRACTADA DEL FRANCÉS

POR DON B. DEL BARCO.

(Continuacion.)

Volviéndose á los suyos que estaban esperando la señal para tomar parte en la accion, les dijo friamente apuntándoles á Eurico con el dedo:

—Muera el sajon!

Veinte hombres rodearon en aquel momento á Eurico que paso á paso, llegó á la puerta del pabellon colocándose de espaldas á la puerta.

El jóven se defendia sin contar cuantos eran los enemigos, sin pensar siquiera era insensata aquella lucha de uno contra veinte; pero l atiéndose retardaba el peligro de Margarita, que era su objeto.

Pero tras otro recibió varios sablazos en la cabeza, y pecho. Sintiendo que las fuerzas le abandonaban, comprendió que estaba perdido, y una nube de sangre pasó por delante de sus ojos: agitaba, y daba mandobles al azar. Ya veia con el pensamiento á Margarita en manos de los brutales suecos, sintiendo morir, sin que su muerte sirviera para salvarla.

En este momento se oyó el lejano redoble del tambor. Un rayo de esperanza iluminó su frente; haciendo un esfuerzo supremo, sacó de la cintura dos pistolas é hizo fuego sobre aquellos hombres que daban vueltas á su alrededor como hienas hambrientas.

A la detonacion contestó dentro del pabelloncito un grito desgarrador seguido de un ruido sordo como el de un cuerpo que cae sobre la tierra. Era Margarita, que perdidas todas sus fuerzas asistiendo á esta horrorosa lucha, acababa de desmayarse. Los tiros introdujeron el espanto entre los asesinos.

—¡Ah bribon! dijo Herman, llamas gente en tu ayuda! No sé si la ronda te habrá oido: pero si llegan, ya será tarde! Lanzándose sobre el desarmado Sajon, le asió de los cabellos como para decapitarle, y le introdujo cobardemente el sable por la garganta.

Una espuma rojiza brotó por entre los labios de Eurico. Una especie de silbido se escapó por la herida. El sajon exhaló su postrer suspiro.

El ruido del tambor se oia cada vez mas cerca.

—¡Alerta! muchachos, alerta sino quereis que nos cazen como zorras en gallinero.

—¡Sálvese quien pueda! gritó la banda, ganando con ligereza la puerta del jardin.

Aquello fué una verdadera derrota. Ninguno ya se acordaba de la jóven que habian perseguido.

Cuandoo todos se habian retirado se sonrió Herman, y con aire de lástima murmuró:

—¡Pobres tontos! Los suecos jamás valdrian lo que los croatas. Concluiré por abandonar á esa gente porque nada bueno sacaré de ellos.

Se arrodilló tranquilamente para limpiar en el rocio de algunas yerbas altas, la sangre que manchaba la hoja de su espada, y entonces divisó en la mano del oficial sajon una sortija con una piedra que brillaba en la oscuridad.

Este feliz hallazgo le indujo é llevar mas adelante sus pesquisas, y desabrochándole la casaca descubrió un medallon ovalado, guarnecido de brillantes, pendiente de un cordon de seda.

Herman rompió el quebradizo cordon, metiéndose el botin en el bolsillo.

—Vámonos, dijo al reunirse á sus amigos, yo no he perdido el tiempo.

—¿Sabeis que el sajon era muchacho váliente? porque se habia empeñado en defender aquella mujer! Pps... la desgracia fué para él! La guerra es guerra y...

Los saqueadores ganaban á todo correr uno de los extremos de la calle, mientras entraban por el otro en son de ronda, una de las compañias de fusileros de Hooon, que el general habia mandado por la noche á Lutzen, para ocuparla militarmente.

Como las puertas que daban á esta calle estaban cerradas, y el interior de las casas todo era calma y silencio, pasaron sin detenerse la ronda.

El oficial que los mandaba tenia prisa de llegar al cuartel, por haber entre las filas de los soldados cuatro de estos salteadores, á quienes habia sorprendido desalquilando la tienda de un platero. Como les faltaban las cuerdas, no habian podido amarrarles, en cada esquina trataban de evadirse, y tenian que sostener con ellos una lucha cuerpo á cuerpo.

Encerraron en la cárcel de Lutzen, á estos cuatro hombres, confiados á la custodia de un sargento, hasta tanto que fueran conducidos á presencia del general Renchild que decidiria de su suerte.

II.

No habia cesado de llover durante la noche. La humedad que despedia la tierra reanimó á Margarita, que arrodillándose se pasó las manos sobre la frente evocando en vano sus recuerdos.

Todo era soledad y sepulcral silencio á su alrededor.

Al instante se presentó á la imaginacion de Margarita la escena que acababa de presenciar, ignorando cuánto tiempo habia durado el desmayo, y cuál habia sido el desenlace de la lucha de Eurico contra sus perseguidores.

Reuniendo sus fuerzas pudo levantarse, buscó á tientas la puerta, y no pudiéndola abrir, saltó al jardin por la ventana que estaba á siete piés de altura. Está la noche tan oscura que lo mismo se veia dentro que fuera: ni una sola estrella brillaba en el cielo, y la luna seguia cubierta de espesos nubarrones.

—¡Eurico! Eurico! gritó con angustioso acento.

Nadie la contestó!

Entonces con los brazos extendidos hácia adelante, y el corazon oprimido por siniestros presentimientos, continuó avanzando.

Apenas habia andado diez pasos cuando su pié resbaló en un coágulo de sangre, tropezando al caer en un cuerpo con el rostro completamente yerto.

No queriendo creer en su desgracia se dijo á si misma:

—Sin duda es alguno de esos villanos que acometieron á mi Eurico.

Se levantó de un salto con las manos frias como el hielo.

—¡Eurico! ha muerto algunos de esos cobardes! balbuceó. ¡Qué abrazo tan fuerte le daria, si estuviese aqui!

Su corazon se rebelaba contra aquellas ilusiones.

Le parecia que el mundo estaba desierto.

—Eurico! Eurico! ven, exclamó, que tengo miedo!

En aquel momento la luna dejó ver entre los nubarrones su plateado disco, y Margarita vió á su amante tendido á sus piés, tal como cayó bajo el golpe de Herman, con las cejas fruncidas, y la boca contraida, con un gesto amenazador.

Margarita al contemplar el cadáver solo pronunció estas palabras.

—¿Por qué me has defendido? Yo te he matado! Yo vine á traerte la muerte! ¡Soy una mujer cobarde! Debi defenderme sola hasta morir! Pero consentir en ocultarme! y dejarte matar!...

¡Dios mio! puesto que queriais separarnos, puesto que uno de los dos debia morir, ¿por qué no he sido yo?

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas en la azulada frente de su prometido.

Cambiando luego de repente sus ideas, la fisonomía de Margarita tomó una expresion muy singular y exclamó!

—¿A qué llorar? ¿Son lágrimas las que me pide Eurico? ¿Me ha defendido él con lágrimas y suspiros?

Cojiendo en sus brazos el inanimado cuerpo del Sajon, le condujo á las estancias interiores para colocarle en su lecho. Despues envolviéndose en el capote del oficial, atravesó rápidamente la desolada villa hasta llegar á su casa.

Aun el sol no habia extendido sus dorados rayos cuando Margarita, vestida de luto, se dirijia al campo de Altrandad.

Ya estaban en pié los soldados delante de sus tiendas, porque la noticia de los sucesos de aquella noche circulaba hacia una hora.

Cárlos XII habia ordenado que al momento se cambiara de santo, y seña; que Nevomann, su primer médico, saliera del campamento para organizar en Lutzen un hospital de campaña, y que los generales se reunieran en su tienda para celebrar consejo de guerra.

Fueron sentenciados á muerte los autores, y cómplices de este golpe de mano.

Como el parte decia que cuatro soldados aprendidos por una compañia del regimiento de Hoorn estaban en la cárcel bajo la custodia de un sargento, se expidieron á Lutzen fuerzas de caballeria con órden de traer al campamento á los prisioneros.

La escolta volvió trayendo la noticia que durante la noche, sargento y presos habian desaparecido sin saber cómo. Mas tarde cuando en las cantinas se contaban las aventuras de Herman, algunos veteranos decian que el sargento, y los cuatro soldados habian estado trabajando juntos en un arsenal de Amsterdam; que todos cinco sentaron plaza y se socorrieron.

Entonces el sargento no queriendo entregar á sus compañeros, los dejó evadirse desertando con armas y bagages, reenganchándose en el ejército ruso que estaba de observacion en la frontera.

Margarita se dirijió con paso firme á la tienda real, viendo siempre marchar delante de ella la sombra de Eurico, animada de un valor sobrenatural.

A lo lejos divisó á Cárlos XII que con su impaciencia acostumbrada iba y venia en medio de un circulo formado por sus generales.

En presencia del rey no sintió emocion alguna, ni tuvo mas pensamiento que este:

—«Hé ahi quien puede vengar la muerte de mi Eurico.»

Cárlos XII era un rey muy original, en aquel momento estaba sin sombrero; el aire agitaba sus cortos y y claros cabellos; un mal pedazo de tafetan le servia de corbata; su uniforme de basto paño azul con botones sobredorados; cinturon de baqueta blanqueada con greda, y sus largas calzas, de punto cuadrado, guarnecidas de gruesos clavos, le confundian con sus soldados.

Tenia sin embargo frente espaciosa, mirada perspicaz, expresion imperiosa, y gesto animado.

Ninguno de los generales que le rodeaban se atrevia á dirijirle la palabra: los mas serenos temblaban ante este rey que se dejaba arrastrar hasta el frenesi de su enérgica voluntad.

El recuerdo de Eurico daba valor á la jóven, que armándose de resolucion suprema se dirigió á Cárlos XII y arrojándose á sus piés exclamó:

—Justicia! Señor! Justicia!

—Contra quién, hija mia? la preguntó el rey.

—¿Contra vuestros soldados, que han asesinado á mi esposo?

Y le contó el suceso de aquella fatal noche, con toda la elocuencia que inspira el dolor. Mientras hablaba la dama se iba poniendo mas cambiada la frente del monarca, hasta que la dijo levantándola del suelo:

—Señorita, hace dos horas hubiera podido ofreceros pronta, y severa justicia; pero en este momento nada puedo prometeros, porque dudo si podremos dar con los culpables,

Margarita le replicó con gravedad:

—¿Me concedeis, señor, el derecho de buscar á los asesinos, y si los descubro, tomarme yo misma la venganza?

—No es posible, señorita, la contestó Cárlos sorprendido y admirado de tan varonil solicitud; pero si los descubris os permito que reclameis al rey de Suecia, y que él sea vuestro único juez.

Inclinándose la huérfana respetuosamente delante del monarca, volvió á tomar el camino de Lutzen.

Aquella misma mañana despues de haber rendido á su prometido los últimos homenajes, se despidió de todos sus vecinos. Sola en casa se quitó los vestidos de mujer; cayeron á tierra sus blondos rizos, buscó entre los vestidos de Eurico un juboncillo negro, unas botas altas, y el tricornio de fieltro galoneado de seda del mismo color que usaba el oficial Sajon cuando era estudiante en la universidad de Goettingue, se ajustó el cinturon de piel de gamo de donde aun pendia el puñalito con mango de ébano, del cual se servian los colegiales en aquella época para resolver sus querellas, y vestida de este modo salió Margarita de su casa, pasando delante de la vecindad sin que nadie la conociera. En el camino, muy cerca del campamento, se veia una choza medio arruinada, que un vivandero habia convertido en taberna.

En este improvisado bodegon habia cinco soldados que estaban jugando y bebiendo cerveza. Dos tenian las cartas en la mano. Uno de los jugadores era Herman, el *rojo*; el otro un estudiante que habiendo sido engañado por su novia, y no queriendo hacer el oso, ni cometer la tonteria de suicidarse, habia tomado el partido de las armas: se llamaba Federico Enganilfed.

Los otros tres soldados eran reclutas verdaderos, primos del baratero Herman, á quienes no dejaba de la mano, porque tenian el bolsillo bien repleto.

Herman, habiendo perdido veinte duros, propuso el desquite, que aceptó Federico, teniendo la suerte de ganárselos.

—¡Mil bombas! exclamó el coloso dando un puñetazo en la mesa: antes de haberme puesto á jugar contigo debiera haberme acordado de aquel proverbio que dice: desgraciado en amores, afortunado en el juego.

Federico palideció, y ocultando la cabeza entre las manos, se le oyó suspirar como á un niño, corriéndole las lágrimas por los dedos.

El granadero burlándose de su dolor, que enterneció á los demás espectadores, se echó á reir:

—¡Qué puerilidad! Avergüenzas al regimiento, Federico! ¿Será necesario te devolvamos á tu mamá, niño mio? ¡Cierto que eres demasiado pequeño para comerte un Ruso.

Enganilfed le interrumpió:

—Calla, Herman, hasta te lo suplico!

El granadero no le escuchó.

—Ten entendido, Federico, que los enamorados sois muy malos soldados.

Si ves pasar por el campo la blanca falda de Carlota, desertarias por seguirla y.... buenas noches la bandera.

Federico levantó su cabeza sobresaltado como quien despertara de un letargo.

—¿Quién ha pronunciado aquí el nombre de Carlota?

—¡Yo! por ventura está prohibido hablar de ella bajo pena de muerte!

—Si! porque yo lo he prohibido; contestó el jóven con voz ronca.

Herman se echó á reir con todas sus fuerzas, diciendo:

—A otros quizá! pero á mi!...

—A todo el mundo sin excepcion! gritó furioso Enganilfed. La llaga no está cicatrizada, y no quiero que nadie toque á ella.

—Rayos y truenos! gritó Herman que ya se iba impacientando. Ni el coronel mismo me puede prohibir que diga, que Carlota ha hecho muy bien de burlarse de un novio de tu estampa.

Aun no habia concluido de decir esto, cuando Federico saltando sobre él como un gato, hizo pedazos un jarro sobre su cabeza y tirando en seguida del sable se puso en guardia.

Herman, atolondrado por el golpe no pudo desenvainar el suyo, pero inclinándose hácia él con los puños cerrados prorumpió:

—Rayos y truenos! Ahora mismo te voy á cojer entre mis manos, y te voy á hacer mas pedazos que los que tú has hecho del jarro sobre mi cabeza.

Federico apaciguado, y satisfecho, se arrepintió de haber obrado con precipitacion.

—He sido un torpe, lo confieso. Dame la mano de amigo y dispénsame. Te perdono los 30 duros.

Herman rechinó los dientes.

—¡Cómo! ahora me tomas por un mendigo! ¡Mentecato! Te pagaré la deuda del juego, y tú á mi la del jarro.

Federico trató de calmarle.

—El rey no quiere menos á los duelistas que á los desertores, Herman. Mas vale guardar la sangre para alguna batalla.

—Eso es, y tú irás diciendo á todo el mundo que hiciste pedazos un jarro en la cabeza de Herman el *rojo*, y que cuando te pidió satisfaccion, le enviaste á paseo. Sin duda te creerás de mejor familia, y piensas que te deshonras cruzando tu sable con el mio! Vanidad! yo

© Biblioteca Nacional de España

sabré desquitarme, ¡cobarde!

—¡Cobarde yo! exclamó Federico poniéndose como la grana.

—¡Sí! cobarde en presencia del camarada que has ultrajado, y ¡cobarde! delante de esa Carlota que te ha engañado!

—¡Todavía ese nombre! mira lo que dices, Herman! Aunque fuera delante de ella te sopapearia.

El granadero se levantó despues dando traspieses, cojió el sable y crispando los puños, llamó á los otros soldados y *continuó:*

—Venid á servirnos de testigos.

Cuando los cuatro salian de la cantina vieron avanzar hácia ellos un jóven vestido de estudiante. Federico se dirijió corriendo hácia él, preguntándole.

—Camarada ¿Venís de la universidad de Goettingue?

El recien venido ligeramente turbado hizo con la cabeza un signo de afirmacion.

—Entonces ya habreis oido hablar de mí! prosiguió con cierto énfasis el desgraciado novio de Carlota.— Yo soy el famoso Federico de Lupzig, expulsado de la universidad por haber colocado una cabeza de barro en la tribuna que ocupaba el respetable y sabio doctor Arnemam.

El estudiante inclinó la cabeza, y Federico continuó:

—Ahora tengo que reñir con ese diablo de granadero que ves ahí abajo, y que mas que hombre parece una montaña de carne y huesos.

—¿Quereis que juzgue vuestra desventaja?

—¡No! os venia á suplicar que fuérais mi testigo, porque él tiene dos: yo no cuento mas que uno, y eso es contra costumbre.

—Yo testigo de un duelo! exclamó el estudiante con visible sobresalto.

—¿Estais ahora por lo visto en el aprendizage; pero ya debeis de haberos batido por cuenta vuestra, si sois verdadero estudiante.

Estas palabras hicieron salir al jóven los colores al rostro y se apresuró á decir:

—Seré vuestro testigo aunque un asunto urgente me llama para Altranstad.

—Pronto os dejaré en libertad, contestó Federico con melancólica sonrisa, Herman se divertirá porque no pienso defenderme.

Mientras tanto el granadero blandia el sable y pateaba porque tardaba en venir á batirse.

Una ráfaga de crueldad fria brillaba en sus ójos; las narices tenia abiertas, como las del tigre cuando olfatea su presa, y la risa insultante crispaba sus labios.

(*Se continuará.*)

TOROS EN NIMES.

De este modo es de creer que se haya pregonado la papeleta (ó llámese *programa* si el nombre parece anticuado) por las calles y plazas de Nimes, de Montpeller, y demás poblaciones comarcanas, puesto que así los franceses comenzarian á ponerse en armonía perfecta con la para ellos exótica costumbre, que pretendian aclimatar en su tierra. Pero si ignoramos esta circunstancia preliminar, sabemos por los periódicos cual ha sido el resultado de la primera corrida, y vamos á dar á conocer el relato que de ella hemos leido, toda vez que en nuestro número anterior nos ocupamos casualmente del mismo asunto.

Todo el antiguo Languedoc se habia puesto en movimiento al solo anuncio de la corrida de toros, y el circo romano era de todo punto insuficiente á contener las treinta mil personas que á él acudieron, muchas de las cuales hubieron de quedarse en pié, segun afirman testigos presenciales.

Nada se nos dice (y es lástima) de si habia en las inmediaciones del circo mesillas de avellaneros, ni de si estos recorrian las gradas con sus esportones *pisando y ensuciando á los espectadores; pero si* faltaba esto y las alcarracitas de agua, dirémos desde luego á los habitantes del Languedoc que no era aquel el verdadero espectáculo que presenta una corrida de toros. Ciertos perfiles, que parecen insignificantes, caracterizan de tal modo á ciertas costumbres populares, que si aquellos faltan, algo les falta á ellas. Póngasenos delante, por ejemplo, un majo con un solo pañuelo, en vez de los dos de fórmula en ámbas faltriqueras de su chupilla, y ya nos hace el mismo efecto que nos hiciera á la vista un tuerto ó una cara sin una oreja: aquel majo ya no es para nosotros un verdadero tipo de su género.

Pero sigamos nuestra relacion, siempre bajo la fé de los periódicos, puesto que nosotros no fuimos á Nimes á presenciar las glorias de nuestros artistas.

Colocada en suerte la cuadrilla, salió el primer toro, pero toro tan pollo, que en rigor no pasaba de becerro, y tras de pollo, malo en el sentido que damos á esta palabra los españoles al hablar de tales reses. No sabemos si porque le dió vergüenza de verse delante de tanta gente extraña, ó *si porque fuese de suyo poco camorrista*, ello fué que no hubo poder humano que le obligase á tomar una sola vara. Así se corrió el bicho sin otros lances que el de buscar él el camino de su tierra, hasta que le llegó la hora de ser estoqueado, lo cual, *vista su ninguna gana de embestir, presentó serias* dificultades, y el Tato tuvo que darle varios pinchazos antes de que se echase.

El público, que no parecia haberse incomodado ante la mansedumbre del torete, al verlo cubierto de sangre y dando horribles mugidos de dolor, se enfureció á tal punto que comenzó á arrojar al diestro cuanto encontraba á mano, llegando su indignacion hasta el último punto cuando el cachetero, al que llama el periódico francés *un comparsa de puñal*, lo remató de un solo golpe.

El resto de la corrida ofreció el mismo espectáculo; los toretes siguieron huyendo, los matadores continuaron acribillándolos, y los espectadores no cesaron de arrojarles naranjas y de prodigarles epítetos que no necesitaban ser traducidos en español, porque era fácil por las muestras comprender su significado.

Resulta de lo dicho que, á ser cierta esta relacion de los hechos, publicada en los periódicos de Madrid, este ensayo de aclimatacion deja pocas esperanzas de que la planta exótica que allí se ha querido importar llegue á florecer nunca.

¿Habrá consistido el mal éxito que hemos referido en que el público francés no tiene el paladar bastante *educado* para saborear esta diversion? Es muy posible.

Para explicar nuestra idea pongamos un ejemplo.

Figurémonos que uno de nosotros llega á un país de antropófagos, y que, como es muy natural, hallásemos repugnantísimo el comer carne humana. Ahora bien, ¿qu'én nos dice que á la larga no solo se iria mitigando poco á poco en nosotros esta repugnancia, sino que al cabo no llegariamos á saborear una chuleta asada de un cristiano como saboreamos la de un cerdo? ¿Quién sabe, por tanto, si cuando los franceses lleguen á comprender todo el encanto que se encierra en un pase de muleta y toda la filosofía que se esconde en un volapié, cuando se acostumbren á ver esparcidos por la plaza los intestinos de los caballos, y acaso los de los picadores, no se chupen los dedos, como se los chupan nuestros paisanos, por una corrida de toros? En fin, si esto no llega á suceder nunca, ellos se la pierden.

Pero vengamos á cuentas, y confiesen con nosotros aun los mas fervorosos aficionados al toreo, que *á los espectadores de Nimes les ha sobrado la razon* en el caso presente. Se les dijo que iban á presenciar una lid, y allí no ha habido semejante lid, porque no puede haberla nunca entre el que huye y entre el que lo persigue con una espada en la mano. No hay lucha entre el cazador y el conejo; no hay lucha entre el gato y el raton. Eso no vale la pena de hacer que paguen su dinero para estar incómodas treinta mil personas. Pero si á esto se agrega lo que la humanidad debe sufrir (se entiende, la humanidad no aficionada á toros) al ver martirizar á un pobre animal que ningun daño ha hecho, y que aunque lo hiciera seria acosado y en defensa propia, no es nada extraño el que aquel público haya manifestado de un modo tan solemne su horror y hasta su indignacion; y eso que no ha visto despanzurrar caballos á docenas cada tarde, *ni desjarretar toros por medio de la alevosa media* luna, ni asarlos vivos con banderillas de fuego, ni echarles perros, como hasta no ha mucho se usó, ni otras atrocidades de la misma estofa; y eso sin contar los casos, de algun tiempo acá harto frecuentes, en que un torero es arrojado á lo alto como una pelota ó revolcado por la arena, si es que allí mismo enganchado por el asta no lanza entre terribles agonías su postrer suspiro.

Si esto hubieran presenciado los espectadores del Languedoc, ¿qué hubieran hecho? ¿Cómo nos habrian puesto? Lo peor es que tendrian razon.

El corresponsal del periódico que tales noticias inserta, aconseja á los toreros españoles que por su propia honra no piensen en salir de España, puesto que en el extranjero no saben por lo visto apreciar el *arte*. Somos de la misma opinion. Este *arte* solo sabemos y podemos apreciarlo los españoles, y eso no todos.

Ya es esta la segunda irrupcion que el toreo ha querido hacer en los paises extranjeros, y en su dia hablamos de una corrida de toros que se quiso efectuar en Bélgica; pero fué el caso que en Bélgica *existe una ley estúpida que prohibe el martirizar á* los animales, y por tanto el proyecto fracasó.

¡Que gente tan rara son los tales belgas! ¡Vean ustedes qué estravagancia! Así les luce á ellos el pelo.

Francisco Flores Arenas.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 8.

1 C 3ª R — 2 A 6ª TR — 3 P 3.ª CR — 4 A mate.

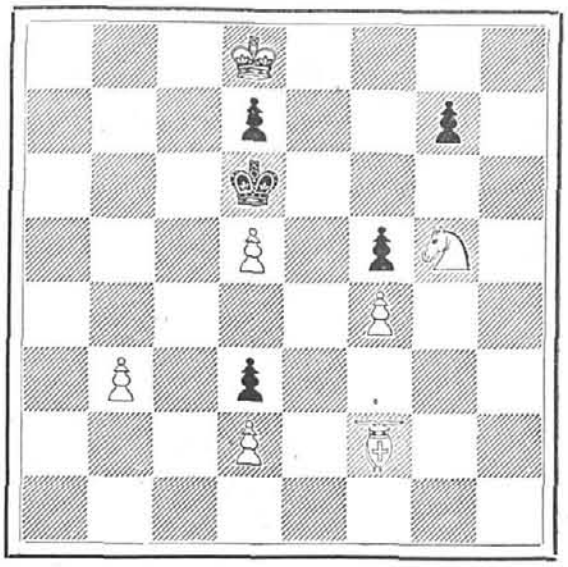
C 4ª AR — C come A ó (A) — .....

(A) 2 C come C — 3 A 7ª Rª — 4 P mate.

.....

PROBLEMA N.º 9, POR OMICRON.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 5 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

SOMBREROS.

N.º 1.—Sombrero de crespon lila acanalado.—El fondo va adornado con bucles de crespon, entre los cuales se ven ramas de lilas, la diadema interior se compone del mismo adorno de crespon y lilas; anchas bridas; bavolet á pliegues.

N.º 2.—Sombrero de tafetan verde de China.—Gran pluma blanca echada sobre el ala y sujeta con ramas *de rosas; las mismas flores en el interior.*

N.º 3.—Sombrero de tul rosa y de tul blanco acanalado. Fondo rosa, bavolet blanco, ala blanca, adorno de azaleas rosas y blancas encima y debajo del ala. Bridas rosa; bandas-bridas de tul blanco.

N.º 4.—Sombrero acanalado de tul de Bruselas con dibujos.—Fondo adornado con rosas y plumas, unas y otras color de albaricoque; pluma pequeña sobre el bavolet; la misma pluma y rosas del color dicho formando la diadema interior; bridas anchas del color del adorno.

N.º 5.—Capota de crespon color de cabellos de la reina, con ala acanalada de arriba abajo, y lazo grande puesto sobre la frente; bavolet á pliegues; anchas bridas de *crespon; diadema compuesta de flores encarnadas* y espigas.

GEROGLIFICO.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Gilquin et Dupain Imp. rue des Fossés St J. 3 Paris.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España